

*Hace una semana, murió James.
Desde entonces, el planeta está poblado por fantasmas.
Y yo vago entre ellos. Parezco uno de ellos.
Un cuchillo invisible me atraviesa de un lado a otro.
Respirar es un amargo deber.
Me falta su mirada. Sus bromas. Su apoyo incondicional. Nuestros proyectos.
Me falta él.
Ya nunca leerá estas líneas. Nunca más iremos juntos a tomar fotos.
Nunca me tomará de la mano para ayudarme a bajar pendientes pronunciadas.
Y me ha dejado sola en medio de los lobos.
Me llamó por teléfono pidiendo una ambulancia. Activé enseguida la alarma, pero tras veinte minutos al teléfono, murió. De un infarto. Lo oí todo. Lo dejé todo y conduje toda la noche para encontrarme con él. Pero ya estaba en la morgue.
No pude hacer nada.*

17/11/2003

Estoy encerrada en un psiquiátrico. En la sección de “Agudos”. No recuerdo cómo he llegado aquí. He despertado en una habitación extraña y, al salir al pasillo, había gente muy rara caminando de forma más rara aún. Pensaba que debía estar soñando. Conseguí un euro para llamar y encontré una cabina en el pasillo. Solo recordaba el número de casa de nuestros padres. Mi madre respondió. Aliviada y aterrada a la vez, le pedí que me sacara de allí. Me dijo que no, que “después de lo que había hecho...”. No dijo nada más. Colgó. Y yo me quedé sin saber “qué había hecho”.

Luego, días después, lo supe.

El domingo llegué de viaje, conecté el ordenador, busqué en Internet los síntomas de sobredosis por somníferos y me parecieron bien: “pérdida de conciencia y coma”. Luego la muerte, claro. Así que me metí en la cama y me zampé una caja de Orfidal. No de golpe, sabía que así no funcionaría. Así que primero cuatro, luego otros cuatro y, así hasta veinte. Había desconectado los móviles pero los volví a conectar para que nadie sospechase. Unas horas más tarde telefoneó una amiga y por mi voz se imaginó algo. Así que llamó al 062. Me dijeron que dejase abierta la puerta de casa. Casi no me acuerdo de nada. Subieron los sanitarios. Me ayudaron a bajar la escalera y no me acuerdo de más, solo de que la camilla era demasiado corta para mí, de un vaso de carbón líquido y una bolsa amarilla para vomitar. Creo que estuve en el hospital y luego me trajeron aquí. Esto es como en la película “Alguien voló sobre el nido del cuco”. Todo el mundo está loco. Somos unos veinte. Hay alcohólicos, drogadictos, depresivos... La “*crème de la crème*”.

Los baños no tienen espejos y las ventanas están cargadas de cadenas. Para que no nos tiremos. Todo el mundo se quiere ir a su casa. Me he pasado días golpeándome contra las paredes, mareada y vomitando. Tengo el estómago hecho un asco. Los psicólogos me preguntaron que qué pensaba que había hecho. Les dije: “una chapuza”. Tenía que haber tomado más pastillas y no haber respondido al teléfono, desconectarlo del todo. Ahora saldré de esta cárcel y todo seguirá igual. Mi hermana Clara y su marido vinieron ayer. Él se encarga de mis cosas, como responder a mis móviles, leer mis mails o cuidar de que mi cuenta del banco no se quede en negativo. También me trajeron ropa de Clara y estuvieron muy cariñosos. Mi otro cuñado y una tía también vinieron. Pero más porque había que venir. Creo que les dan instrucciones acerca de lo que me pueden decir y lo que no. Mi tía estaba enfadada e incómoda. Mi cuñado también estaba incómodo. Se supone que madre viene hoy, pero no quiero verla.